

# la cuestión alcanza

# de más mundial

por Joseph Stiglitz

El mundo está llevando a cabo un experimento gigantesco, consistente en estudiar qué ocurre cuando se incrementa el dióxido de carbono y otros gases de efecto invernadero en la atmósfera con cantidades cada vez mayores. La comunidad científica está bastante segura del resultado, y no es consolador. Los gases actúan como un invernadero que capta la energía solar y, gradualmente, la Tierra se recalienta. Los glaciares y el hielo polar se derriten, cambian las corrientes oceánicas y sube el nivel del mar. No es todavía claro cuánto tardará esto en ocurrir, pero el ritmo con que ha comenzado es mucho más rápido de lo que preveían incluso muchos pesimistas hace diez años, y las consecuencias son mucho más nefastas.

Si tuviéramos acceso a 1.000 planetas, podríamos concebir la realización de dicho experimento en uno de ellos, y si las cosas salieran mal -como cree la mayoría de los científicos, podríamos trasladarnos a otro. Pero no tenemos esa opción; no hay otro planeta al que nos podamos desplazar. Estamos condenados a vivir en la Tierra.

Ninguna cuestión es de alcance más mundial que el calentamiento del planeta: todos tenemos la misma atmósfera. Así, mientras que los Estados Unidos descargan por sí solos en la atmósfera casi 6.000 millones de toneladas de carbono al año, con sus correspondientes repercusiones en el cambio climático, las consecuencias las pagarán todas las personas de todos los lugares. Si los gases de efecto invernadero emitidos por los Estados Unidos se mantuvieran en su propio territorio, América podría realizar su propio experimento para estudiar los resultados de llenar el aire de sus ciudades con esos gases. Por desgracia, las moléculas de dióxido de carbono no respetan las fronteras. Y, mientras que las emisiones de los Estados Unidos o de China, o de cualquier otro país, acaban

© Getty Images / Gallo Images



depositándose en la atmósfera mundial, los Estados Unidos (o China, o cualquier otro país emisor de gases de efecto invernadero) no tienen que pagar las consecuencias de su contaminación fuera de sus fronteras. En otras palabras, no tienen motivos suficientes para conservar.

Como señalo en mi libro reciente, *Making Globalization Work*, América -a pesar de sus declaraciones en contra- puede permitirse perfectamente reducir la contaminación: hay países que emiten muchos menos gases de efecto invernadero por persona y al mismo tiempo disfrutan de un nivel de vida igualmente elevado. Esta falta de responsabilización con respecto a sus emisiones ofrece a los productores americanos una ventaja comparativa con respecto a los productores de países que se están esforzando por controlar su contaminación. No es de extrañar que muchos países no hayan reducido sus emisiones. Resulta más sorprendente que -en el marco del Protocolo de Kyoto de 1997- los países europeos, Japón y algunos otros hayan dejado de lado sus intereses egoístas, en beneficio del bienestar de todo el mundo.

Como ocurre con muchos aspectos de la globalización, son los pobres los que mayores probabilidades tienen de verse negativamente afectados -y carecen de recursos para adaptarse a las consecuencias. Bangladesh y las Maldivas se ven amenazados por fuerzas que escapan de su control -resultado de la contaminación de otros- con un destino mucho peor que el que pudiera provocar la peor de las guerras. Gran parte de Bangladesh es un delta que ocupa un territorio de muy poca altitud, excelente para el cultivo del arroz, pero vulnerable a los menores cambios en el nivel del mar, y frecuentemente azotado por tormentas mortíferas y destructoras. Si, como consecuencia del calentamiento mundial, estas tormentas adquieren mayor intensidad, el número de víctimas anuales se multiplicará. Si sube el nivel del mar, un tercio del país quedará sumergido, y su población de unos 140 millones de habitantes estará todavía más hacinada que en la actualidad. Sus ingresos, que son sólo ligeramente superiores al nivel de subsistencia, bajarán todavía más.

Pero no es Bangladesh el país que está expuesto a la amenaza más grave. Maldivas, considerado durante mucho tiempo como un paraíso tropical, es un pequeño Estado insular con 1.200 islas y 330.000 habitantes, en el Océano Índico, que quedará totalmente sumergido en sólo 50 años, según previsiones fiables. Lo mismo que muchas otras islas de poca altitud situadas en el Pacífico y en otros lugares, sencillamente desaparecerá: será nuestra Atlántida del siglo XXI.

El Protocolo de Kyoto fue ciertamente importante, pero dejó de lado

aproximadamente el 75% de las fuentes de emisiones: los países en desarrollo no tienen ninguna obligación; América, el mayor contaminador mundial, no lo firmó, y no se tuvo en cuenta para nada la deforestación, que realiza una aportación enorme al calentamiento mundial.

Por razones de eficiencia, es preciso reducir las concentraciones de gases de efecto invernadero de la manera más eficaz en función de los costos. La plantación de bosques puede ser uno de los medios, pero quizás sea todavía más eficiente conservar simplemente los bosques húmedos existentes, la mayoría de ellos ubicados en países en desarrollo. La deforestación es mala para la atmósfera por dos razones: hay menos árboles que convierten el dióxido de carbono en oxígeno, y el carbono almacenado en la madera se descarga en la atmósfera a medida que se quema o descompone.

Los bosques húmedos tropicales no sólo reducen el nivel de carbono en la atmósfera: ayudan también a conservar la biodiversidad. Muchas medicinas, por ejemplo, han utilizado este precioso recurso. El Convenio sobre la diversidad biológica, firmado en 1992, tenía como objetivo garantizar su mantenimiento, lo que incluía el ofrecimiento de algunos incentivos a los países en desarrollo, pero, lamentablemente, los Estados Unidos se han negado también a ratificar este acuerdo.

Los 2.700 millones de personas de más de 60 países en desarrollo que contienen estos bosques tropicales no reciben ninguna compensación por los servicios ambientales sumamente valiosos que ofrecen a todo el mundo. Aunque es difícil atribuir un valor concreto a la conservación de la biodiversidad, podemos realizar cálculos aproximados de los beneficios que se conseguirían, por ejemplo, reduciendo la tasa anual de deforestación un modesto 20%. A finales de junio de 2005, por ejemplo, el carbono alcanzaba un precio aproximado de 30 dólares por tonelada en los mercados de intercambio de derechos de emisión de carbono. Con ese precio, el valor anual de esta deforestación evitada se sitúa entre 30.000 y 40.000 millones de dólares anuales. A efectos comparativos, cabe señalar que, según la OCDE, toda la asistencia exterior a los países en desarrollo sumó unos 78.000 millones de dólares en 2004.

Los bosques contribuyen también a 'limpiar' el dióxido de carbono de la atmósfera. Estas emisiones 'negativas' de los países con bosques húmedos tendrían un valor que, si seguimos aceptando un precio de 30 dólares por tonelada, sería de unos 100.000 millones de dólares al año. La compensación a los países en desarrollo por los servicios ambientales que ofrecen no sólo sería equitativa y ayudaría a sus



© Getty Images / Gallo Images

economías, sino que les ofrecería también incentivos para mantener sus bosques. Les permitiría asimismo contar con recursos que necesitan para evitar las tala ilegales.

En principio, esto sería relativamente fácil gracias al comercio del carbono. Lo mismo que muchas compañías energéticas de Europa compran 'compensaciones de las emisiones de carbono' (que les permiten emitir más carbono del que estarían autorizados en ausencia de ese dispositivo) sufragando la plantación de un bosque en un país en desarrollo, se podría también pagar a los países por el hecho de no talar sus árboles. No obstante, el Protocolo de Kyoto prevé indemnizaciones únicamente para la plantación de bosques, no para *evitar* la deforestación. Por ello, los países con bosques húmedos se benefician doblemente si cortan sus antiguos árboles de especies frondosas y luego los vuelven a plantar. Desde una perspectiva mundial, es una situación absurda. Lo que se necesita es algo muy sencillo: debería ofrecerse a los países en desarrollo incentivos para *mantener* sus bosques.

Ahora, un grupo de países en desarrollo, encabezados por Papua Nueva Guinea y Costa Rica -la Coalición de Países con Bosques Tropicales- ha presentado una propuesta innovadora. Se ofrecen a respetar determinados límites de emisión de gases de efecto invernadero, pero piden que se les permita 'vender' contrapartidas de las emisiones de carbono, no sólo en el caso de plantación de nuevos bosques sino también por el hecho de evitar la deforestación. De esa manera se garantizaría su utilización más eficiente desde una perspectiva mundial, manteniéndolos como bosques, en vez de explotarlos para la producción de madera. Al menos 12 países en desarrollo -entre ellos Costa Rica, Nigeria, Viet Nam y la India- prestan apoyo a esta nueva organización, proclamada por Sir Michael Somare, primer ministro de Papua Nueva Guinea, en la Universidad de Columbia de Nueva York, en enero de 2005. Un equipo de esta universidad se está ocupando de los detalles técnicos.

Sin una u otra forma de indemnización por el mantenimiento de sus bosques, los países en desarrollo no tienen ni medios ni incentivos para continuar respaldando la conservación. Para la población empobrecida de esos países la única manera de poder sobrevivir es talar los bosques, aun cuando en la actualidad reciban sólo el 5% del precio final pagado por la madera en, por ejemplo, Nueva York.

Algunos han propuesto esperar hasta 2012 para abordar esta cuestión, pues se supone que ese año entrará en vigor un Protocolo revisado. ¿Podemos permitirnos ese lujo? Con las tasas actuales de deforestación, la contribución conjunta a las concentraciones de gases de efecto invernadero de Brasil e Indonesia contrarrestan

aproximadamente el 80% de la reducción de emisiones conseguida gracias al Protocolo de Kyoto. Es urgente resolver el problema ahora, para que la deforestación no anule los progresos de Kyoto. Parte de los daños secundarios -la pérdida de los antiguos bosques de especies frondosas y de biodiversidad- pueden ser reversibles si intervenimos sin demora.

Lo que resulta impresionante en la nueva iniciativa sobre los bosques tropicales es que ha surgido de los propios países en desarrollo, lo que demuestra su creatividad y compromiso social. Por primera vez, parecen estar dispuestos a asumir los compromisos que Europa, Japón y los países industriales avanzados (con excepción de los Estados Unidos) han contraído para evitar lo que podría ser una catástrofe mundial.

Costa Rica, que paga a sus ciudadanos por conservar los bosques, ha demostrado ya que un sistema de reembolso a cambio de la prestación de servicios ambientales puede funcionar con resultados que conservan el medio ambiente, impulsan la economía y producen beneficios a los pequeños terratenientes. Ha tenido también un éxito enorme no sólo porque ha evitado la deforestación sino también porque ha aumentado significativamente la cubierta forestal, aun cuando reciba sólo una indemnización limitada de los países industriales avanzados por sus 'servicios relacionados con el carbono'. Por otro lado, se ha beneficiado del turismo (y, en particular, del 'ecoturismo') que atraen sus bosques tropicales, y que ha promovido con entusiasmo. La mayor parte de los demás países con bosques tropicales no tienen tantas posibilidades de beneficiarse de la afluencia de turistas y, para ellos, el mejor uso privado de sus bosques continúa siendo su destrucción.

El calentamiento mundial y la pobreza son dos de los mayores problemas con que se enfrenta el planeta. La ingeniosa Coalición de Países con Bosques Tropicales podría contribuir notablemente a resolver ambos problemas. Está basada en los principios más básicos del mercado -los incentivos- y aumenta la eficiencia mundial con que la comunidad mundial se plantea el problema del calentamiento atmosférico. Representa una oportunidad singular a través de la cual el mundo podría beneficiarse y, al mismo tiempo, ayudar a muchos de los más necesitados.

Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía de 2001, es catedrático de la Universidad de Columbia, en Nueva York, y Presidente de su Comité de reflexión mundial. Su última publicación, *Making Globalization Work*, fue publicada por WW Norton en septiembre de 2006. ●